MERIDIONAL Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos
ISSN (en línea): 0719-4862 | Número 14, abril-septiembre 2020, 195-218 |
DOI: 10.5354/0719-4862.57133

¿El arma robada o el arma perdida? Apuntes para comprender las representaciones del trabajo policial entre oficiales de la Policía Federal Argentina

The Stolen Weapon or The Lost Weapon? Notes to Understand The Representations of Police Work Among Argentine Federal Police Officers

José Garriga Zucal
Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad de General San Martín/conicet, Argentina
garrigajose@hotmail.com

Resumen: Durante el año 2013 realizaba un trabajo de observación en la Escuela de Cadetes de la Policía Federal Argentina (pfa) y presencié un episodio confuso, vinculado a la desaparición de un arma de fuego, que despertó controversias y opiniones varias. Analizaremos en este trabajo las disputas de interpretación del evento, para indagar en diferentes representaciones de la formación y de los sentidos del trabajo policial. Nos interesa analizar cómo interpretan/conciben su trabajo los oficiales de la policía federal. Para ello, estudiaremos las disputas sobre los sentidos de la formación y la profesionalización de las fuerzas.

Palabras clave: policía, trabajo, formación, profesionalización, sacrificio.

Abstract: During 2013 I made an ethnographic observation at the Cadet School of the Argentine Federal Police (pfa) and witnessed a confusing episode, linked to the disappearance of a firearm, which aroused controversies and various opinions. We will analyze in this work the disputes of interpretation of the event, to investigate different representations of the training and the senses of police work. We are interested in analyzing how federal police officers interpret their work. To do this, we will study disputes about the senses of training and professionalization of the forces

Keywords: police, work, training, professionalization, sacrifice.

Introducción

El 28 de mayo del 2013 una feroz tormenta golpeó las instalaciones de la Escuela de Cadetes de la Policía de la Federal Argentina. Allí se forman –instruyen y moldean– los futuros oficiales, aquellos que conducirán la fuerza. Refugiados en un salón un grupo de instructores familiarizaba a los cadetes de primer año en el manejo de las armas. Para ello habían retirado de la armería unas pesadas cajas de madera repletas de pistolas Browning. Cien pistolas que los cadetes usaron durante dos horas para practicar –con el arma descargada– distintas posiciones de tiro, enfunde y desenfunde. Los cadetes tenían su primera experiencia con armas ante las órdenes de instructores que mostraban las posiciones corporales correctas. Al terminar el ejercicio devolvieron las pesadas cajas y los encargados de la armería notaron que faltaba un arma.

Los instructores que trabajaban con los cadetes eran un grupo de "recién llegados". Habían desembarcado en la escuela como parte de una reforma integral que el Ministerio de Seguridad de la Nación llevaba a cabo. Los "recién llegados" sostenían que venían a cambiar las formas de la instrucción profesional de los cadetes, entendiendo que la instrucción impartida por los "viejos instructores" estaba obsoleta. Estos últimos habían sido desplazados por órdenes ministeriales de la instrucción, pero continuaban siendo las autoridades de la escuela. Entonces, entre los "recién llegados" y los "viejos" instructores se establecieron disputas en torno a cómo formar a los cadetes: ¿cómo hacer un buen policía?

Aquí nos interesa analizar las concepciones del trabajo policial entre los oficiales y con este objetivo analizaremos cómo dos grupos de instructores expusieron diferentes visiones sobre la formación policial y discutieronn sobre las formas de enseñar a ser un "buen policía", contraponiendo modos, estilos y enfoques pedagógicos. Ambas posiciones coincidían en qué era el trabajo policial para los oficiales, qué era ser un "buen policía". Coincidían en que hay dos dimensiones que definen el trabajo de los oficiales de la policía, "patear puertas" y "mandar". "Patear puerteas" se refiere a la dimensión laboral del "combate contra el crimen". Los policías representan su trabajo como una tarea peligrosa y riesgosa de lucha contra la delincuencia. La otra dimensión del trabajo de los oficiales tiene que ver con los saberes del "mando"; en el devenir de su trayectoria laboral, estos policías tendrán a su cargo el gobierno de la institución y, para ello, deben "mandar". El episodio del arma extraviada nos permitirá analizar cómo ambos grupos de instructores interpretaron el hecho en función de estas representaciones del trabajo policial.

Utilizaremos la noción de "carrera laboral moral" en las interpretaciones del arma desaparecida para vislumbrar cómo representan estas dos dimensiones del trabajo. Entendemos que los policías conciben su profesión cómo una carrera laboral moral (Galvani y Garriga), concepto que surge de articular la noción de carrera laboral (Becker) con la de carrera moral (Goffman *Estigma*). El concepto de carrera fue elaborado originalmente para estudios laborales, en tanto secuencia de movimientos que hace un individuo de un trabajo a otro dentro de un sistema ocupacional (Becker). Por otra parte, la noción de carrera moral fue acuñada inicialmente por Goffman para designar la trayectoria de experiencias comunes por las que atraviesan los individuos estigmatizados y la secuencia de ajustes personales que viven estos individuos. Idea que involucra tanto un aprendizaje de la visión de los otros como una modificación en la propia concepción del yo*;* todo ello inscrito en una visión secuencial de la experiencia. Sin duda, toda carrera laboral es una carrera moral, ya que conforma espacios para la realización del yo en parámetros de los permitido y lo prohibido. Entonces, la noción de carrera laboral moral nos permitirá, en los debates que ambos grupos de instructores tenían respecto del arma extraviada, analizar la representación laboral del trabajo policial para los oficiales, vinculado a la incorporación de un conjunto de valores y percepciones de los otros.

En síntesis, proponemos analizar cómo se responde a una pregunta: ¿qué es ser policía para estos oficiales? En este camino nuestra propuesta es complementaria a los pioneros trabajos de Sirimarco, quien analizó la incorporación a la institución policial como parte del proceso de construcción del "sujeto policial". Este, atravesado y moldeado por los mandatos institucionales, construye la representación de una diferenciación. En trabajos anteriores se ha abordado como se construye la diferencia para con lo civil (Garriga y Galvani; Garriga) y se sigue, allí, las líneas de investigación que antaño marcaron nuestras colegas (Galvani; Sirimarco). Nos cabe en este trabajo reflexionar sobre esa diferenciación para con los subordinados y seguiremos acá las líneas de investigación propuestas por Hathazy y Bover. Sostenemos que son dos las particularidades que definen a los oficiales pero solo una no comparten con los suboficiales: el "mando". "Patear puertas" es un saber de oficiales y suboficiales, pero "mandar" no. La discusión respecto de si el arma fue robada o perdida pone al final de nuestro recorrido el acento en la cuestión moral, en la conducta y en la disciplina propia de los que "mandan". Proponemos, entonces, analizar la representación del trabajo policial como el de una trayectoria laboral que es presentada en forma de interpretación de la alteridad –los subordinados– y, por ello, se encarna en exposiciones de un itinerario moral. Insertos en una carrera laboral moral, los policías se diferencian de la otredad, en este caso de los suboficiales. La discusión respecto del arma ilumina el "mando" como una particularidad de los oficiales. Dos cuestiones surgen de nuestro análisis y dialogan con los colegas que antes han investigado este tema. La primera tiene que ver con la formación no formal del "mando". No se enseña a "mandar", pero se aprende obedeciendo y superando pruebas que forjan el "carácter". La segunda, y vinculada a esta primera, es que el mando está moralizado. Los que superan estas pruebas adquieren los saberes del "mando".

Con este objetivo, primero describiremos la formación en la Escuela de Policías y las representaciones del "buen policía". Luego describiremos las discusiones sobre "el arma robada o perdida" para finalizar mostrando/analizando las interpretaciones que este evento dejó al descubierto sobre las labores policiales.

La policía federal, formación y trabajo policial

Nuestro primer paso para comprender la conformación la carrera laboral moral de los oficiales es ubicar al lector en la Escuela de Cadetes y en las representaciones del trabajo policial. Es necesario mostrar cómo desde los inicios de la carrera laboral de los oficiales se los incluye en una estrategia de distinción para con los suboficiales que es, también, una operación de jerarquización.

Los datos construidos son el resultado de una investigación etnográfica realizada en el 2013 en la Escuela de Cadetes de la Policía Federal Argentina (PFA), Comisario Gral. Juan. A. Pirker, ubicada en el barrio de Villa Lugano, Buenos Aires. Para ese entonces, todavía no existía la Policía de la ciudad de Buenos Aires y la policía Federal era para esta ciudad la encargada de investigar y combatir los denominados delitos comunes[1]. Llegamos hasta allí tres investigadores autorizados por el Ministerio de Seguridad para observar la implementación de un curso que se presentaba como novedoso y era parte integral de la modificación del plan de estudio y de la intervención sobre la formación.

El personal de la Policía Federal tiene una división jerárquica[2]. Por un lado, están los oficiales o el personal superior. Estos son los jefes y conducen los destinos de la fuerza. Por el otro, están los suboficiales, el personal subalterno y subordinados a los oficiales. Los primeros estudian en la Escuela de Cadetes, donde realizábamos nuestra investigación. Tienen una formación de tres años y sus alumnos son denominados cadetes. El primer año funciona como un internado y los estudiantes viven en la escuela de lunes a viernes. De mayor a menor jerarquía, dentro de los oficiales se encuentran los siguientes grados: comisario general, comisario mayor, comisario inspector, comisario, subcomisario, principal, inspector, subinspector, ayudante.

1 En el 2016 se firma el convenio de transferencia y la nación transfiere al ámbito de la ciudad de Buenos Aires la gestión de todos los delitos no federales. La transferencia implicó la transferencia de personal policial, bienes mueves e inmuebles. Así se creó la Policía de la Ciudad que significó para la Policía Federal la pérdida de veinte mil funcionarios y el fin de las tareas de prevención y persecución de los delitos comunes en la ciudad. Desde ese momento la Policía Federal solo se encarga de la persecución de los delitos federales.

2 Según la ley 21.965 que regula a la Policía Federal.

Los suboficiales, subordinados jerárquicos de los oficiales, estudian seis meses en la Escuela de Suboficiales y Agentes Don Enrique O'Gorman, ubicada en el barrio de Chacarita, Buenos Aires. Estos no viven en la escuela durante su formación y a sus estudiantes se los denomina aspirantes. Dentro de este grupo se encuentran, de mayor a menor jerarquía, los siguientes grados: suboficial mayor, suboficial auxiliar, suboficial escribiente, sargento primero, sargento, cabo primero, cabo, agente o bombero.

Los tiempos de la formación y las formas son ejes centrales en la distinción. Una formación extendida en el tiempo sumada al régimen de internado sostiene los pilares que representan la superioridad, que ordena la jerarquía de los oficiales.

Todo el personal –oficiales y suboficiales– se organiza en tres escalafones: bomberos, comunicaciones y seguridad. Este último es el más elegido por los estudiantes. A pesar de la diversidad –jerárquica y de escalafones– el trabajo policial se interpreta como el combate, valiente y desinteresado, contra el crimen. Una imagen recurrente del trabajo policial aparecía entre los instructores: la de "patear puertas" buscando delincuentes. En otros trabajos se ha abordado que los policías de la provincia de Buenos Aires representan su trabajo de la misma manera, una labor sacrificada y peligrosa de lucha contra el delito (Garriga). "Patear puertas" como referencia del trabajo policial opaca otras tareas policiales y en especial las administrativas que son las que realizan en su mayoría los oficiales.

La referencia a esas otras tareas que quedan opacadas e invisibilizadas por la representación más homogénea e idealizada del trabajo policial es de suma relevancia en la formación de los oficiales. Allí nuestros informantes sostienen que, también, a los cadetes se les enseña a "mandar", a gobernar la institución. La estructura formal ordena relaciones laborales imponiendo una lógica jerárquica diferenciando los que mandan de los que obedecen: los oficiales y los suboficiales. Entonces, el trabajo de los oficiales es no solo combatir el delito, sino también guiar a los suboficiales y regir los destinos de la institución. Un "buen policía" para los oficiales es, a la sazón, la articulación de dos saberes, "patear puertas" y "mandar".

El arma extraviada: nuevos y viejos

Los "viejos" instructores y los "recién llegados" compartían la interpretación del "buen policía"; repetimos, para los oficiales su trabajo es la articulación de dos saberes, "patear puertas" y "mandar". Ahora nos cabe empezar a desnudar los hilos de la discusión del arma extraviada en la lógica de la carrera laboral moral. Nos interesa avanzar en cómo cada grupo de instructores hizo hincapié en una de las dos dimensiones del trabajo policial para forjar una distinción entre ellos, pero sin olvidar que ambas conforman al oficial de la policía.

Decíamos que el 28 de mayo del 2013 desapareció un arma. Los instructores que trabajaban con los cadetes ese día eran del grupo de "recién llegados". Su llegada era parte de un proyecto de reforma del Ministerio de Seguridad de la Nación. En el marco de esta reforma se dictaba un curso denominado Uso Racional de la Fuerza, destinado a los cadetes de primer año. Decía tener por objeto, según lo planificado por los agentes del ministerio y los instructores, reformar el curso de tiro y los saberes que antaño se exponían en las clases de educación física en una nueva formación profesional. Era necesario, según estos, instruir a los futuros oficiales bajo un nuevo paradigma de seguridad pública y ciudadana. Es un modelo de uso de la fuerza y de la coerción que promueve intervenciones policiales más eficientes y que apunta a resolver las variadas formas de intervención policial con una respuesta adecuada a cada situación.

Los "viejos instructores" se sentían desplazados por los recientemente desembarcados. Estaban a cargo de la formación de cuerpo[3] desde hace mucho tiempo y su rol quedaba desdibujado, ya que seguían encargados de cuestiones administrativas y del cuidado de los cadetes, pero no intervenían en la formación. Los "recién llegados", más jóvenes, alardeaban sobre la eficacia de sus saberes y de la innovación pedagógica. Sostenían que sus saberes eran envidiados por los viejos instructores y que por ello habían planificado "el robo del arma" como una estrategia de desacreditación. Los instructores que antaño ocupaban roles centrales en la instrucción

[3] La formación está divida en "aula" y "cuerpo". Por la mañana se dictan materias en las "aulas", donde se enseña derecho, matemática, ciencias sociales, etc. Por la tarde, se dictan materias de "cuerpo", que tienen que ver con la instrucción física en técnicas policiales.

sostenían que nada había de innovador en la enseñanza impartida y que ellos enseñaban lo mismo y hasta mejor.

Ambos grupos sostenían que para ser un "buen policía" debían ser eficaces profesionales de la seguridad: conocer los fundamentos del uso de la fuerza. Sin embargo, los "recién llegados" sostenían que la formación era deficiente en esos órdenes y usaban su propia trayectoria como ejemplo, ya que decían que debieron complementar los conocimientos aprendidos en la escuela. Federico, un oficial principal, premiado como tirador en varias competencias, conocedor de artes marciales, coordinador de los "recién llegados", enumeraba los cursos de tiro, de defensa personal y de artes marciales que tuvieron que realizar él y sus compañeros para poder perfeccionar los exiguos saberes aprendidos en la Escuela de Cadetes.

El primer eje de discusiones entre los "viejos" y los "recién llegados" pasaba por la enseñanza del trabajo policial vinculada a la lucha contra la delincuencia; "patear puertas". Ambos grupos se atribuían la enseñanza de los saberes necesarios para el trabajo policial.

Además, los "recién llegados" indicaban que el verdadero trabajo policial era el que se hacía en las calles combatiendo la delincuencia y que nada podían enseñar sobre ello oficiales que nunca habían tenido esas experiencias, ya que habían pasado toda su carrera laboral "ocultos" en destinos no operativos. Aquí nos encontramos con otro eje central para comprender los argumentos críticos de los "recién llegados" para con los viejos instructores, que en muchos casos habían sido sus tutores. La experiencia del trabajo en la "calle" era una herramienta relevante en la valoración de lo que debían trasmitir. Los "recién llegados" alardeaban de sus destinos laborales, "operativos" en los que habían adquirido una experiencia significativa para ser un "buen policía". Habían estado en la "calle" combatiendo la delincuencia, mientras los "viejos instructores" se recluían y ocultaban en un destino –la Escuela de Cadetes– importante por ser un espacio de formación, pero alejado de la verdadera experiencia laboral policial.

Este último argumento tiene un gran valor entre las representaciones policiales, ya que existe una idea recurrente entre los uniformados que sostiene que en la escuela no se aprende a ser policía y que se aprende en la "calle". Frederic, para iluminar este punto, dice: "Incluso el personal que está dedicado a la formación y capacitación –o 'de institutos'– es

menospreciado por quienes han transitado destinos operativos y/o del área de seguridad de institutos, debido a la pérdida de conocimientos asociados con el quehacer cotidiano del servicio" ("La formación" 295). Ante la contundencia de estas críticas, los "viejos instructores" tomaban la cuestión del arma extraviada para señalar la debilidad moral de los "recién llegados".

Por ello, los "viejos instructores" sostenían que el combate contra la delincuencia podía ser llevado a cabo, sin dudas, con lo enseñado en la Escuela de Eficiales y que la capacidad de mando escaseaba de credibilidad cuando un instructor "perdía un arma". Así, los "viejos instructores" señalaban que a "los nuevos instructores" les faltaba disciplina, cuestionando las "condiciones morales" de los "recién llegados". Como indica Sirimarco, la disciplina es una de las condiciones morales que la institución intenta imprimir en la construcción de los sujetos policiales.

Además, los viejos instructores decían que la nueva formación era "muy blanda". Hacían referencia al "carácter" que, según ellos, necesitan los policías que van a dirigir a sus subordinados. El "carácter" se ganaba o se forjaba en ejercicios extenuantes. Este tipo de discusiones se cruzaba todo el tiempo con la noción de "manija". Se denomina de esta forma a los ejercicios de entrenamientos extenuantes y agotadores. En el 2007 fueron internados diecisiete cadetes luego de un exigente entrenamiento físico, generando un escándalo que llevó a que se moderan este tipo de ejercicios abusivos. Los "viejos instructores" decían que a la instrucción le estaba faltando exigencia en los trabajos físicos. La "manija" era interpretada como una prueba relevante en la formación policial. Narraban la severidad e inclemencia de su preparación en comparación con las prácticas presentes. Recordaban ejercicios agobiantes que a sus ojos formaban el "carácter", deslizando que la instrucción actual –"amariconada", decía un instructor– formará policías de carácter débil.

Además, la "manija", o el "baile", era a sus ojos uno de los elementos capaces de generar colectivos. El sufrimiento compartido de los ejercicios extenuantes es parte del engranaje –una de las piezas principales– de la constitución de un espíritu de cuerpo. Badaró sostiene que, entre los cadetes del Ejército, la "manija" construía sentidos de pertenencia y comunidad. Entre los cadetes de la policía sucedía algo parecido. En varias ocasiones los instructores sancionaron grupalmente con ejercicios físicos la distracción individual o el error en alguna técnica y los cadetes

responsables de estas sanciones no eran reprendidos por sus compañeros. Sucede que los cadetes entienden que el sufrimiento compartido genera ideales de compañerismo y solidaridad. Sufrir estas reprimendas los igualaba. Además, y tal vez lo más importante, sufrir "la manija" para muchos les formaba el carácter, los hacía "buenos policías". Repetimos: ser un "buen policía" en el caso de los oficiales es saber "mandar" y los instructores –tanto los viejos como los nuevos– sostienen que para saber "mandar" hay que saber obedecer. Tener "carácter" es de suma relevancia para poder mandar/obedecer.

Recordemos aquí las diferencias que señala Bover para la formación de oficiales y suboficiales. Según los encargados de la instrucción, o sea oficiales, los suboficiales atraviesan un proceso formativo breve y basado en la adquisición de "competencias policiales". El sujeto policial formado en la Escuela de Suboficiales, entonces, posee una serie de competencias específicas y, por el contrario, el policía formado en la Escuela de Oficiales es resultado de un largo proceso formativo que produce una transformación radical en la persona, mucho más que el saber en una competencia específica. Así, para estos oficiales analizados por Bover, los mismos "viejos instructores" con los que interactué, aprender a "mandar" es el resultado de una modificación ontológica que diferencia a los oficiales de los suboficiales, que es mucho más que el aprendizaje de una competencia específica.

Aquí resulta necesario dar cuenta de que los saberes vinculados al mando no son parte de la instrucción formal. Los oficiales aprenden a "patear puertas" como parte de la instrucción formal, ya que a través de diferentes estrategias se les enseña a intervenir ante variadas situaciones. En la Escuela de Cadetes, y también en la de suboficiales, se les transmite saberes que les permitirán desenvolverse en la lucha contra la delincuencia. Sin embargo, los saberes de mando no se pueden enseñar formalmente, se aprenden con la disciplina y la obediencia. Se aprende tolerando la "manija" y, así, forjando el "carácter". Sirimarco y Hathazy afirman que una parte relevante de la formación policial corre en paralelo a la instrucción formal, conformando parte de lo que comúnmente se denomina "currículo oculto". Suarez de Garay analizó cómo las policías mexicanas tienen un lenguaje institucional que no se enseña formalmente, sino que son pautas y normas secretas que los policías asimilan para convertirse en miembros de la comunidad. Este

lenguaje es parte de un repertorio de saberes que no se incluye en los programas, pero que se aprende y se reproduce.

Entendemos como Hathazy que los saberes de mando se trasmiten de esta forma. Hathazy, analizando las diferencias entre oficiales y suboficiales en la policía de Córdoba, en la Argentina, sostiene que el aparato policial crea y recrea tradiciones y rituales que imponen un carisma moral de los oficiales y que legitima el poder sobre los subordinados. Afirma que las prácticas de distinción y de dominación producen y reproducen una nobleza: la del cuerpo de oficiales. Estas prácticas de distinción no son parte de la currícula, son parte de un proceso educativo que instruye en relaciones jerárquicas, que las legitima y las reproduce. Hathazy forja, así, la idea de que el mando está moralizado. Tomaremos esta idea para dar cuenta de las relaciones entre oficiales y suboficiales.

Profesionales o disciplinados

En el apartado anterior iniciamos el recorrido que muestra las diferencias entre los "viejos" y los nuevos instructores. Camino que exhibía cómo los "viejos" instructores subrayaban la formación del "carácter" de los futuros policías para forjar los saberes del "mando" policial. Los recién llegados, por el contrario, hacían hincapié en los destinos operativos que habían transitado, en sus saberes vinculados a la lucha contra el delito para subrayar la dimensión del trabajo policial que tiene que ver con las nociones nativas de "patear puertas". Como nuestro desafío es comprender qué es un oficial de policía, continuaremos en este camino analizando en este apartado cómo la dimensión moral de la carrera laboral moral lentamente gana fuerza en la discusión.

Afirmábamos que ambos grupos comparten la noción del trabajo policial, pero discuten cuáles son las formas más correctas de instruir a los futuros policías. Federico, quien tuvo muchos destinos operativos a lo largo de su carrera, entendía que su trabajo como instructor tenía como objeto formar policías con más herramientas profesionales. Expresaba:

> Desinteresadamente nos gusta enseñar, qué mejor que empezar desde cero con los cadetes de primer año. Como sabemos el portar un arma y el ser policía es una responsabilidad, nuestra

> intención está puesta en que sean profesionales, que aprendan a defenderse tanto con el cuerpo como con el arma que portan. Tenemos el apoyo de gente que realmente les interesa el bienestar de los nuestros, pero también tenemos un par de dinosaurios endiosados en cadetes a los cuales le generamos envidia, ya sé que se mandaron una maldad con nosotros que nos superó.

Federico sostenía que el "arma robada" era parte de un plan de los viejos instructores, entendidos como "dinosaurios", que hicieron una maldad por la envidia. "Una cama", según palabras de sus compañeros. Beto, subcomisario, trabajaba en una comisaría cercana a una villa de emergencia y alardeaba de tener un destino operativo que el denominaba "complejo", decía que: "El taller de uso racional de la fuerza causó mucha envidia en algunos oficiales, y estos en vez de aportar algo productivo se la pasan hablando mal… Ojalá yo hubiera recibido la instrucción que están recibiendo los cadetes de primer año". Beto repetía la noción de envidia y señalaba las deficiencias de la instrucción que él había recibido en comparación con la que reciben los actuales cadetes. Los "recién llegados" entendían que sus saberes arribaron para mover las estructuras anquilosadas de los "viejos" instructores. Eran parte de un proceso de profesionalización.

La disputa ponía sobre la mesa la discusión sobre cómo formar policías, pero no cuestionaba qué era un policía. Beto repetía que el trabajo del policía era "patear puertas" en referencia al trabajo arriesgado que combate el delito. Cuando hablaba de "patear puertas", su cuerpo delgado acompañaba con gestos y movimientos esta idea, señalando el lugar del cuerpo en estas labores.

Los "recién llegados" tenían el respaldo del Ministerio de Seguridad de la Nación para conformar esa policía más "profesional". Cuando Beto compara su instrucción con la que reciben actualmente los cadetes señala que la actual es mejor, más completa. Hacían mucho hincapié en este punto, decían que la formación no debía sostenerse en el maltrato para con los cadetes y debía tener como eje, por el contrario, la enseñanza de saberes específicos que aseguraban el hacer del "buen policía". El "buen policía" debía estar preparado para "patear puertas". Estar preparado remitía a los saberes del uso de la fuerza que se impartían en ese taller. Camilo, otro subcomisario, también con experiencia en destinos operativos, escribió en un intercambio de *mails*:

> Nuestra misión fundamental como docentes siempre ha sido poder salvar vidas, de nuestros camaradas, sus familias y la ciudadanía, para con la cual, desde el primer día que pisamos la calle como miembros de nuestra gloriosa Policía Federal Argentina, tomamos un juramento tácito de protección y servicio, más allá de todo reconocimiento o injusticia.

Para Camilo, delgado y con el cabello largo, enseñar a "salvar vidas" era su trabajo como instructor y solo se podía hacer si estaban bien formados. Camilo portaba dos armas que mostraba cada vez que tenía oportunidad, jactándose de la calidad de estas –importadas, costosas y según él "excelentes"–. La misión fundamental de Camilo como docente, enseñar a "salvar vidas", podía realizarse por la experiencia que tenían estos en el trabajo de "calle". Federico, en un mensaje enviado por Whastsapp, me comentaba que una de las cosas que más regocijo le daba como profesional era el reconocimiento de los camaradas que le decían que "gracias a lo que habían aprendido con él" habían salvado vidas, la suya o la de terceros. El trabajo policial se presentaba como riesgoso, volveremos sobre este punto, y lo aprendido en la formación policial era para los "recién llegados" un insumo fundamental para ser "buenos policías".

Una de las autoridades máximas de la escuela, en su oficina lujosa, mostraba una opinión diferente[4]. Ariel, un "dinosaurio" según los otros instructores, había pasado gran parte de su carrera en este destino y había contribuido a la formación de los que ahora lo cuestionaban. Ariel, comisario mayor, vestido con un elegante traje, sostenía que la policía siempre enseñó lo mismo, que no era conservador, sino que lo que había que enseñar no había cambiado: que se les enseñaba a ser buenos policías, pero además a cumplir órdenes y darlas. Los "viejos instructores" no cuestionaban las técnicas pedagógicas de los "recién llegados", aunque no perdían oportunidad de sostener que nada tenían de innovadoras. Cuestionaban que sus formas no eran las apropiadas para construir la necesaria autoridad de los mandos superiores.

Este policía compartía con otros colegas esta mirada negativa de los "recién llegados". Sostenía que sus formas de vestir, el corte de pelo y algunas maneras de relacionarse con los cadetes no eran correctas. Pablo,

[4] Ocultaremos datos referentes a este informante para mantener su anonimato.

un instructor con muchos años enseñando educación física, miraba el cabello largo de Camilo y reprobaba ese estilo. Decía que era necesario policías con "pelo largo para hacer inteligencia o para estar de brigada", en referencia a ciertas tareas operativas, pero con vehemencia sostenía que era inaceptable para "la escuela". Allí, según él, se formaban en valores que esos estilos ponían en duda. La apreciación sobre los estilos de Pablo tenía una dimensión moral.

La construcción de la autoridad sobre los subordinados, aquello que vuelve legítima su capacidad de mando, se presenta aquí entre "viejos" y nuevos instructores. Los "recién llegados" hasta aquí sostienen que la legitimidad del mando de los oficiales está sustentada en un saber específico, las labores del "buen policía" presentadas como un conjunto de técnicas profesionales, que les permita saber "patear puertas". Por el contrario, los "viejos instructores" afirmaban que la legitimidad de la autoridad se erigía en cuestiones morales.

¿El arma robada o el arma perdida?

En este último apartado nos interesa resaltar la dimensión moral de la carrera laboral moral como distinción con los suboficiales. Los debates sobre lo acontecido con el arma ponen el acento en la cuestión moral y permiten analizar cómo esta cuestión es nodal en la definición de un "buen policía" entre los oficiales. Con este objetivo, primero mostraremos cómo tanto los oficiales y los suboficiales representan su trabajo como peligroso y sacrificial para terminar dando cuenta de cómo la moral es la clave de distinción que permite legitimar los saberes de mando.

Una larga arboleda enmarca el ingreso a la Escuela de Oficiales. Una frase, sobre un monolito, corona el camino: "Entrar para aprender, salir para servir". "Entrar para aprender" se refiere a una instrucción modelada en la articulación de saberes prácticos y valores morales. A los cadetes, los instructores, les enseñan a reducir a un delincuente y, al mismo tiempo, subrayan que han abandonado cuestiones relevantes –como la familia– para formarse. El aislamiento es el primer paso de un camino de entregas, esfuerzos y ofrendas que realizan los cadetes. Este construye una imagen orientada hacia el futuro que moldea la distinción para con

todos los oficios que no requieren dichas pruebas y, especialmente, para con sus futuros subordinados. Los cadetes se incluyen en un itinerario laboral que supone la superación de pruebas como forma de inserción en un mundo moral.

La carrera laboral moral se inicia con una declaración de la diferencia y se concreta mediante la superación con éxito de esta serie de pruebas. El ingreso a la escuela de cadetes, asociado al sufrimiento de la formación –la situación de internado más el entrenamiento extenuante– es la primera de estas pruebas. Es el inicio de una trayectoria moral que puede valorar desde estas primeras experiencias a los otros. La experiencia de los duros entrenamientos y del aislamiento, homogeniza y diferencia a los oficiales de los suboficiales.

La formación de los cadetes busca modificar el mundo de percepciones sociales y de esquemas de acción, construir un sujeto policial (Sirimarco). Las estrategias institucionales buscan construir policías, moldear su subjetividad; en este caso, intentan diferenciar a los oficiales de los suboficiales. Lahire sostiene que determinados universos profesionales, dotados de espíritu corporativo, buscan producir condiciones de socialización homogéneas y coherentes. La institución policial intenta crear condiciones de socialización que restringen la heterogeneidad de los actores solo a su dimensión profesional, pretende fundar una configuración que borre la diversidad, crear una imagen que los defina y diferencie. La carrera laboral moral en la construcción de la diferencia propone la distinción. La homogeneidad en el aislamiento y el sufrimiento de los entrenamientos forma una subjetividad diferencial y diferenciante, los hace iguales y, a su vez, diferentes a los suboficiales.

"Patear puertas" es la parte del trabajo policial que comparten oficiales con suboficiales. Aquí aparece un saber laboral específico, un conocimiento propio del trabajo policial. Sin embargo, este hacer es presentado como riesgoso y, por ello, representado como mucho más que un trabajo. Desde el inicio de la formación los policías se encuentran con la asociación entre la muerte y las labores policiales. Numerosas son las ceremonias en las que se mencionan a los "caídos", operación que enaltece la figura del policía muerto en servicio, sirviendo a la sociedad. Los cadetes reunidos en la plaza de Armas de la escuela presencian cuatro ceremonias anuales que hacen referencia a la muerte policial. En la Semana de la Policía Federal, en el aniversario de la Escuela de

Cadetes, la jura a la bandera de los cadetes de primer año y el egreso de los cadetes de tercer año, los discursos nunca esquivan la muerte policial y el rol sacrificial de sus tareas. Estas ceremonias inician con el tronar de una trompeta y las siguientes palabras: "Honraremos la memoria de los mártires que dieron su vida por la comunidad. Evoquemos a los policías federales caídos en cumplimiento del deber que viven en el pedestal de la gloria". Acto seguido se nombra al último de los policías muertos en cumplimiento del deber, se escucha un grito de "presente" y se ejecuta la marcha fúnebre. Asimismo, varios cadetes elegidos por sus instructores participan de una ceremonia de homenaje a los policías federales caídos en cumplimiento del deber. En todas estas ceremonias los oradores con palabras elocuentes buscan emocionar y sensibilizar a los cadetes redundando en nociones de servicio como dádiva, hilvanando palabras que siempre mencionan a la policía como defensora de la patria y a la sociedad. Elementos significativos en la formación de una carrera laboral moral que vincula el trabajo policial a lo sacrificial. La muerte y martirio para el bien de la comunidad son elementos centrales de una presentación del trabajo policial que desde el inicio de la formación nutren el imaginario profesional.

Decíamos que "salvar vidas" es un elemento central de la formación, pero también "dar la vida por la sociedad". Así, el sacrificio tiene la capacidad de volver sagrado lo profano, de hacer invisibles las características que hacen de las tareas policiales un trabajo, para ubicarla en un registro diferente y diferencial. El trabajo policial representado como sacrificio es parte de una estrategia –principalmente, aunque no únicamente, institucional– de eufemización. El trabajo policial no puede ser nombrado como tal, se esquiva, se gambetea, se presenta y se representa como una forma de ser. Una existencia venerable, dada su entrega sacrificial, imposible de ser equiparada a otras profesiones. De este modo, la lógica del sacrificio se usa estratégicamente para valorizar y construir la señal de distinción de la carrera laboral moral.

Carrera que existe en la relación entre labores policiales y heroísmo. La muerte policial es una posibilidad y un motivo de orgullosa distinción. Como sostiene Galeano, la muerte policial, la figura del caído, refuerza los límites de una distinción centrada en la gramática de la lucha contra la delincuencia. Galeano examina cómo la construcción de las figuras heroicas buscaba afianzar los sentidos de pertenencia de los uniformados

para con la institución, al mismo tiempo que remarcaba el carácter sacrificial del oficio policial como moneda de distinción respecto del resto de la sociedad y los delincuentes. Desde la formación institucional, se constituye una representación de la muerte y el heroísmo policial, en tanto mártires en pos del bienestar de la sociedad (Galeano). Allí se definen moralmente las prácticas policiales instaurando un límite, edificando una frontera que revaloriza el trabajo policial.

La carrera laboral moral forma la subjetividad en la distinción para con un "otro". Notamos –como observaba Sirimarco– que entre los ingresantes a la escuela una alteridad está estipulada en "lo civil" o en la "sociedad civil". "Ya no son civiles", les repiten los instructores, para que agudicen la atención, para que caminen correctamente o para que se queden callados. Uno de los preceptos más significativos que aprenden todos y todas las policías: lo que ya no son. La nueva subjetividad se construye en la diferenciación dicotómica y tajante respecto de lo civil. La carrera laboral moral promueve el desvanecimiento, abrupto y total, del pasado. El ingreso a la policía es el fin de la vida "civil". Los instructores repiten "no son civiles". El "civil" es considerado el otro de este mundo de pertenencias. Hathazy señala que la disciplina como contracara del desorden es la contracara de "lo civil" y sostiene:

> La condición disciplinada, cultivada en el espacio policial, es asimilada a altruismo, servicio, entrega, desinterés, y destacada en oposición a las características del mundo "civil", el cual es dejado atrás. Para el agente policial, que internaliza un sentido moral que puede formalizarse en las oposiciones análogas de dolor/placer, sacrificio/hedonismo, disciplina/indisciplina, egoísmo/altruismo, materialismo/idealismo, interés privado/servicio, policía/sociedad, amor a la patria/egoísmo civil, la experiencia de paso es sentida como la conversión trascendental al digno estamento y "estado policial" y abandono de la contaminada mundana vida civil (87).

Las imágenes del esfuerzo, del dolor asociadas al altruismo, de la ofrenda vital, son vigorosos armazones de la distinción. Hathazy ("Orden, disciplina") señala que entre los policías de la guardia de infantería de Córdoba el sacrificio, como entrega a la institución, genera una distinción moral. La entrega policial dignifica al distinguir y también distingue al dignificar. Lo sacrificial asociado a la disciplina, al servicio desinteresado,

se conforma como un valor moral positivo. Contracara de los actores que están por fuera del mundo policial, asociados al hedonismo, al interés y a la indisciplina. Una carrera de distinción. Carrera que comparten en tanto sujetos sacrificables los oficiales y los suboficiales.

Ahora bien, podemos analizar la carrera de distinción –moral– de los oficiales a la luz de la desaparición del arma. Ariel, con gesto contrariado nos decía que "perder un arma era una falta muy grave" e hizo hincapié en la palabra "perder"; se mostraba muy preocupado por lo acontecido y por la deriva judicial del caso. Compartíamos un té en su oficina y con modales serios y correctos me comentaba que la imagen de los instructores quedaba fuertemente cuestionada por el hecho. Juan Carlos, segundo en la jerarquía luego de Ariel, comisario jefe de la división, resaltaba –en una charla informal en un pasillo poco iluminado– que el tema era muy grave. Vestido con el uniforme policial sostenía que "perder un arma" era una muestra de desprolijidad, de indisciplina. Los "viejos instructores", de diferentes maneras, hacían referencia al arma como "perdida", señalando una falta que cuestionaba las capacidades de los nuevos instructores. La falta era moral, una señal de desprolijidad que implicaba la incapacidad de instruir. "Perder el arma" implica una falta de disciplina (según el artículo 114 de la ley 21.965) que puede ser fuertemente sancionada y, por ello, genera temores entre los policías. Pero, más allá de las sanciones previstas en la ley, el efecto simbólico de "perder" el arma es degradante de la subjetividad policial. Desde los inicios de la instrucción, los policías aprenden a "cuidar" su arma. Ese cuidado tiene una relevancia simbólica mayúscula entre los policías y perderla desnuda una fuerte incapacidad.

Federico, mientras tomábamos un café en su trabajo –un destino operativo de reconocida importancia dentro de las subjetivas jerarquías del mundo policial– repetía que le habían "robado el arma para hacerle una cama". Federico estaba a cargo del curso de uso racional de la fuerza y entendía que los "dinosaurios" le habían jugado una mala pasada. Que habían atacado a los "recién llegados". Estaba vestido de civil, con ropa deportiva, tomando un café de una reconocida cadena de cafeterías norteamericanas. Decía sentir bronca, que le habían ensuciado su hoja de vida y que posiblemente no podría ascender en un futuro por este incidente. Sin embargo, señalaba que más bronca le daba que habían ensuciado al curso y a sus instructores.

El debate sobre el arma perdida o robada ponía el hecho en el plano de una discusión moral. Además, ponía en duda la capacidad de los instructores de enseñar a "mandar" y "obedecer", asunto medular para la distinción de los oficiales con los suboficiales. Apelaba a las formas disciplinares de los instructores y su capacidad para trasmitir los valores nodales del "buen policía".

La construcción de la autoridad sobre los subordinados, aquello que vuelve legítima su capacidad de mando, se incluye ahora de pleno en una discusión moral entre "viejos" y nuevos instructores. Ambos grupos de instructores concuerdan en que una dimensión de la legitimidad de la autoridad se erigía en cuestiones morales; por ello, unos decían que el arma había sido robada y otros sostenían que se había perdido. Lo moral está aquí vinculado a la conducta y la disciplina. ¿Cómo se puede enseñar a mandar/obedecer si no se tiene una conducta ejemplar?

Conclusiones: ¿qué es ser policía?, ¿qué es ser un oficial?

Los "recién llegados" y los viejos concuerdan en las dos dimensiones de que definen a los oficiales, "patear puertas" y "mandar". La primera es una representación del trabajo policial que comparten con los suboficiales, eje central de la distinción para con los civiles y los foráneos a la fuerza. En cambio, queda relegada para un segundo lugar cuando la carrera de distinción es con sus subordinados. Saber "mandar" pasa a tener un lugar protagónico en esta diferenciación.

La carrera laboral moral policial es una matriz relacional que genera un modelo de presentación y representación al mismo tiempo que opaca las diferencias y heterogeneidades. Nosotros aquí mostramos discrepancias, desacuerdos y disputas, pero ellas se suturan con gran eficacia ante la alteridad no policial. Notamos que la uniformidad ha sido moneda de presentación de la profesión policial que aboga por la *comunidad* y la *familia policial*, para construir mismidad donde prima la diversidad. Vale insistir en un punto sumamente relevante: los policías, con el objeto de sustentar su distinción, destacan la autonomía cultural de su universo; sin embargo, esto es solo un dato del imaginario de la fuerza. Si bien la autonomía es inexistente, las alegorías comunitarias funcionan

efectivamente para delinear fronteras. Existe, sin dudas, un conjunto de interacciones laborales propias del mundo policial que determina reglas de conductas, formas de hacer, valores morales. La carrera laboral moral de los oficiales comparte con los suboficiales esta distinción moral.

Sin embargo, estos valores se edifican en la interacción con otros mundos morales que los nutren de argumentos. Consideramos, siguiendo a Frederic (*Los usos de la fuerza*), que la policía no puede ser entendida como un actor aislado e independientemente de los valores que la sociedad y el Estado le asignan. En ese sentido, la configuración de la carrera es el resultado de la trama de relaciones sociales que establecen los diferentes actores de la institución policial en interacciones con la sociedad. El concepto de ética policial, esbozado por Kant de Lima, se enfoca también sobre el entramado social que legitima las acciones policiales. Define la ética policial como el conjunto de reglas y prácticas que ordenan el accionar policial. Ahora bien, esta ética está limitada por las relaciones con las otras instituciones, ya que negocia sus formas de hacer con otros actores sociales. Así, el accionar policial es un engranaje de un código cultural y no una pieza aislada de la sociedad. Además, y de suma relevancia para nuestra mirada, Kant de Lima menciona que la ética policial es un recurso de diferenciación que genera límites, diferencia al mundo policial respecto del resto de la sociedad y también establece fronteras adentro. Podemos, así, observar que las formas de distinción que tanto los "recién llegados" como los "viejos instructores" construyen para con la profesión policial –el sacrificio a modo de ejemplo– son monedas de cambio utilizadas en muchas otras profesiones.

Las formas de interacción del mundo policial, asimiladas en la formación inicial, se sedimentan en maneras de ver el mundo y de actuar. Las interacciones cotidianas aprendidas en la Escuela de Cadetes, atiborradas de valores morales, sentidos y esquemas de percepción, son incorporadas por los uniformados, quienes entrelazan –a veces armónicamente, a veces conflictivamente– esquemas diversos de percepción del mundo, que se ponen en escena según los diferentes contextos e interacciones. Vale aclarar, entonces, que la incorporación a la carrera es distinta según los actores. Los modos de ser policía surgen de la articulación del ideal propuesto con las características de cada actor –asociadas el género, la clase, la edad, entre otras–, que desdibujan los efectos homogeneizantes de la matriz. Los saberes distintivos de los oficiales son una pieza de un repertorio tal

como lo entiende Lahire, quien forja esta noción para referirse al conjunto de experiencias interiorizadas, aprendidas en socializaciones delimitadas, que funcionan como un esquema de percepción y de disposición a la acción. Los oficiales de la policía tienen estos saberes –"patear puertas" y "mandar"– entre tantos otros. Es necesario dar cuenta de que lo aprendido en la Escuela de Cadetes se articula con otros repertorios y que las lógicas de acción se moldean contextualmente. Lahire nos dice:

> Los repertorios de esquemas de acción (de hábitos) son conjuntos de compendios de experiencias sociales que han sido construidos-incorporados en el curso de la socialización anterior en marcos sociales limitados-delimitados; y lo que cada actor adquiere progresivamente, y de un modo más o menos completo, son tanto unos hábitos como el sentido de la pertinencia contextual de su puesta en práctica (55).

La carrera laboral moral es, entonces, uno de los repertorios que tienen los actores, el repertorio que aprenden de manera formal e informal en la escuela y que guía sus acciones en estos contextos. Sin embargo, la multiplicidad de repertorios de los actores sociales hace imposible reducir a una sola causa sus formas de acción. Por ello, aquí analizamos la diversidad de la carrera laboral moral policial. La discusión entre "recién llegados" y "viejos instructores" era la muestra de una distinción entre oficiales. Los primeros hacían hincapié en la profesionalización, en la especialización de un saber específico, y los segundos en la disciplina moral, forjada en el sufrimiento del aislamiento y del entrenamiento agobiante. Esta distinción tiene una dimensión innegablemente generacional, aunque el análisis no puede agotarse en ello. Sostenemos que entre los nuevos y los viejos había una discusión entre las dos dimensiones de la carrera laboral moral: un debate entre la profesionalización y la moralidad. Sin embargo, ambos grupos cargaban las tintas, también, en las particularidades que definían al otro. Es decir, ninguno negaba la relevancia de la moral ni del saber específico y profesional para la conformación de los futuros oficiales; solo que hacían hincapié diferencialmente en los recursos de distinción.

Opacando la multiplicidad, la carrera laboral moral es una matriz efectiva para los oficiales de policía para generar operaciones de distinción, opacar similitudes con otros trabajadores y con los suboficiales. Nos cabe, para concluir, resaltar la distinción moral del "mando" que hacen

los oficiales para con los suboficiales. La carrera laboral moral ordena un sistema de relaciones laborales y de distinción respecto de los subordinados, moraliza las diferencias. Repetimos que la carrera laboral moral de los oficiales es un camino de distinción en relación con sus subordinados. Distinción moral entre quienes ejercen el mando y quienes "obedecen". A lo largo de este trabajo mostramos –siguiendo las propuestas de Hathazy– que los saberes del mando están moralizados. A "mandar" se aprende obedeciendo, pasando por las experiencias formativas de la "manija" y el internado. El saber de mando no se enseña como parte de un programa definido, es un saber oculto que se interioriza en las interacciones que forman el "carácter" de los que gobernaran la institución. Así, la carrera laboral moral de los oficiales en su distinción para con los suboficiales es más moral que profesional. De esta manera, se iluminó cómo representan su trabajo los oficiales. Queda pendiente para futuros trabajos reflexionar sobre cómo esta representación del trabajo de los oficiales, que carga las tintas en la moralización del mando, se articula con el deseo de profesionalización de las fuerzas que llevan a cabo las intervenciones recurrentes de las gestiones ministeriales de la seguridad.

Los debates sobre el arma –perdida o robada– permitieron mostrar el carácter moral del "mando". Esta es la particularidad que distingue a los oficiales de los suboficiales. Ambos "patean puertas" como parte del trabajo policial pero solo los oficiales tienen tareas de conducción. Sostuvimos que la dimensión moral emerge en la discusión sobre la disciplina y la conducta que tienen o deben tener los oficiales. A "mandar" se aprende obedeciendo y pasando por pruebas que forjan el "carácter" A "mandar" se enseña informalmente en la transmisión de una moral. Un grupo de oficiales se pregunta cómo pueden enseñar a "mandar" aquellos que carecen de disciplina y pierden un arma. Los otros afirman que no pueden ser ejemplo moral quienes roban un arma como estrategia de desprestigio. La discusión sobre el arma ilumina la dimensión moral del mando.

Bibliografía

Badaró, Máximo. *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Becker, Howard. *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires, Siglo xxi, 2009.

Bover, Tomás. "Trayectorias policiales: producción de instituciones y agentes sociales en la Policía Federal Argentina". Tesis de doctorado, Universidad Nacional de General San Martín, 2017.

Frederic, Sabina. *Los usos de la fuerza pública: debates sobre militares y policías en las ciencias sociales de la democracia*. Buenos Aires, ungs, 2008.

_____. "La formación policial en cuestión: impugnación, valoración y transmisión de los saber hacer policiales". *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y de las fuerzas de seguridad*, Sabina Frederic, Marina Galvani, José Garriga Zucal y Brígida Renoldi, editores, Buenos Aires, ungs, 2013, pp. 271-301.

Galeano, Diego "Caídos en cumplimiento del deber. Notas sobre la construcción del heroísmo policial". *Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial*. Diego Galeano y Gregorio Kaminsky, editores, Buenos Aires, Teseo, 2011, pp. 185-219.

Galvani, Iván y José Garriga Zucal. "Ya no soy el mismo. Mutaciones de la subjetividad entre los cadetes de la escuela de la policía federal Argentina". *Oficios Terrestres*, N° 32, 2015, pp. 24-41.

Galvani, Mariana. *Cómo se construye un policía. La federal desde adentro.* Buenos Aires, Siglo xxi, 2016.

Garriga Zucal, José. *El verdadero policía y sus sinsabores. Esbozos para una interpretación de la violencia policial*. La Plata, edulp, 2016.

Goffman, Erving. *Internados*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

_____. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu, 2010.

Hathazy, Paul. "Orden, disciplina y sacrificio en los agentes antidisturbios". *Apuntes de Investigación*, Nº 11, 2006, pp. 79-104.

_____. "Encantando la burocracia: sacrificio, violencia simbólica y (re)producción de la autoridad carismática en un aparato policial". *Sobre el sacrificio, el heroísmo y la violencia. Aportes para comprender las lógicas de acción de las fuerzas de seguridad. irada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial*, José Garriga Zucal, editor, Buenos Aires, Octubre, 2017, pp 13-42.

Kant de Lima, Roberto. *A polícia da cidade do Rio de Janeiro: seus dilemas e paradoxos*. Río de Janeiro, Forense, 1995.

Lahire, Bernard. *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona, Belaterra, 2004.

Sirimarco, Mariana. *De civil a policía: una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial.* Buenos Aires, Teseo, 2009.

Suarez de Garay, María Eugenia. *Los policías: una averiguación antropológica*. Guadalajara, iteso, 2005.

Recepción: 30.10.19 Aceptación: 20.12.19